

film
de HOY

30
cp.

JOAN BLONDELL
PAT O'BRIEN
GLINDA FARRELL



Año II

Núm. 80

EL FILM DE HOY

Publicación semanal de argumentos de películas modernas

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

Ya sé tu número

Intrigante asunto, interpretado por JOAN BLONDELL, PAT O'BRIEN, GLENDA FARRELL, etc.

Per Daniel

Es un film de la famosa marca
WARNER BROS - FIRST NATIONAL

Distribuido por

**WARNER BROS - FIRST
NATIONAL FILMS, S. A. E.**

Paseo de Gracia, 77 - Barcelona



Postal-regalo: GEORGE BRENT

Ya sé tu número

Argumento de la película

Tendidos por toda la tierra, tendidos a lo largo de las calles ciudadanas y a través de montes y llanuras, cruzando ríos, plantando de trecho en trecho sus palos enhiestos que se destacan en el horizonte y que se buscan un claro del bosque y que se dejan lamer la base por la claridad del agua que corre, los hilos telefónicos van en su línea recta de uno a otro confín de la tierra sin temor a nada, sin que nada les detenga. Y cuando se interpone ante ellos la inmensidad del océano los hilos se hacen ondas y corren y corren, decididos a vencer obstáculos, a saltar barreras, a lanzarse hasta el último rincón de la tierra, para llevar a ella el eco de una voz... de una voz amada o de una voz angustiosa, de una voz que da una noticia de gozo o de una voz que pronuncia palabras irreparables...

El teléfono, transmisor perfecto de ideas y de sentimientos, hilo sutil de las existencias, lazo de unión entre las vidas humanas, tela de araña tendida sobre la faz del vasto mundo en la que se prenden las palabras y en la que vibran los corazones y en la que un inacabable mundo misterioso va marchando de uno a otro lado, sin estorbarse en su camino, sin detenerse, sin vacilar, llevando el eco de sus

Distribución para España:

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barbará, 16 - BARCELONA :: Evaristo S. Miguel, 11 - MADRID

Gráfica Minerva - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - Barcelona

Prohibida la
reproducción

ansias, de sus temores, de sus resoluciones, de sus proyectos, de sus esperanzas y de sus desfallecimientos...

¡El teléfono!... Es la voz del padre ausente que pregunta con ansia por la salud de su hijo moribundo... Es la voz del fiscal deteniendo por orden superior la ejecución de una sentencia de muerte... Es la voz del accionista que especula con el dinero ajeno con la febril inquietud del que juega la alza y baja de la bolsa con precisión de profesional... Es la voz de la doncella discreta que avisa a tiempo a su ama la llegada del marido... Es la voz de la novia que se agarra al hilo conductor con toda la pasión de su amor primero... Es la voz... la voz de millares de millares de seres humanos que se comunican entre sí y que se cuentan sus cosas, aquellas cosas las más importantes para cada individuo y que se pierden en el océano de la humanidad como miserias gotas a las que el mar recibe sin darles la menor importancia.

Y entre el clamor de las voces, entre el vaivén enloquecedor de noticias, unos hombres indiferentes a todo, que van y vienen con sus herramientas al hombro, que se encaraman por los altos postes, que componen averías, que conectan cada cinco minutos con la central para dar cuenta del lugar donde se hallan y para decir qué avería han reparado y que siguen su trabajo, ajenos a la constante palpación de los hilos que ellos manejan a su antojo y que, si quisieran, podrían cortar fácilmente, dejando al mundo en una mudez espantosa...

Terry y John son dos antiguos empleados de la Compañía Telefónica de Nueva York. John es el que lleva la caja de las herramientas. Terry el que, dándose un tono un poco impertinente, se ocupa de las reparaciones grandes, orgulloso de su oficio y creyendo que en él es maestro consumado. Terry es un despreocupado y un embromador. Le gustan las mujeres más de la cuenta y, alguna vez, al ir a reparar averías a casas de dudosa reputación, se ha quedado encandilado contemplando los rostros que le sonríen, las miradas que le incitan, las sonrisas que son una invita-

ción... Terry, aunque mira con cierto desdén estudiado a las bellas, no es indiferente, ni mucho menos, a sus encantos. Le gusta visitar aquellas casas en "visita de inspección", como él dice, acompañado de su fiel John que es discreto y que sabe defenderle a tiempo, cuando él ya no tiene puerta de escape. Cuando Terry llama a la Central pidiendo nuevas órdenes, siempre pide que se le den "barrios elegantes"... No le gusta ir a las casas pobres, a las casas de vecindad donde siempre hay gritos y siempre hay malos olores.

—Tengo el olfato delicado—dice, alzando la frente en un gesto de fanfarrón orgullo.

John le mira con una mirada de perro sumiso y se resigna a seguirle a las casas "aristocráticas", que muchas veces no son más que cubiles.

En una de esas "casas aristocráticas", al decir de Terry, ha habido avería en la línea y allá han ido los dos hombres, provistos de todos sus aparejos. Terry se queda un poco deslumbrado. ¡Aquellos es elegancia!... Allí hay mujeres de todos los tamaños y para todos los gustos. Terry sonríe complacido y las bromas que se cruzan entre él y todas las muchachas son de un doble sentido gracioso que asusta a John, un tanto tímido con las damas.

—¡Vámonos de aquí!... — exclama, asustado al ver que Terry se dispone a seguir la broma todo el tiempo que a aquellas señoritas se les antoje.

—Espera, hombre... quieren un cordón que llegue hasta la cama... y hay que darles cordón. ¿Dónde lo tienes?

—Metido en la caja.

—Pues trae acá y no seas palomo... Vamos a darles gusto a estas chicas que son tan simpáticas.

Terry pone cordones largos, largos, a todos los aparatos telefónicos y, al marcharse, no puede dominar un espontáneo gesto que le sugieren las curvas perfectamente delineadas de una de las muchachas:

—¡Abur, chiquita!—le dice, dándole un golpe atrevido y cariñoso en la grupa.

Todas las muchachas ríen y John sale de la casa murmurando quién sabe qué palabras de conjuro que le salven del peligro por el que han pasado.

Cuando llegan a la Central la muchacha ha dado ya la queja a la Dirección:

—¡No se pueden consentir las libertades que se toman sus empleados!—ha dicho, alzando la voz para fingirse



—Pues te advierto que al próximo accidente te quedarás sin empleo.

muy enojada—. Ni voy a consentir que un majadero cualquiera me dé una nalgada...

—¿No sabe usted cómo se llama el atrevido?

—No; pero es un tío muy sinvergüenza—afirma la chica.

—Entonces debe llamarse Terry—contesta el Director de personal, que conoce bien a su gente.

Terry ha entrado en las oficinas siempre con su aire de

conquistador irresistible, que tiene frita la sangre a John, siempre insignificante y siempre tímido:

—¡Aquí está el presidente y su vice!—exclama Terry, echando al aire su gorra y sentándose con desgana en uno de los bancos.

—El Director quiere hablar contigo.

—¡Ya sabía yo que se me trataría con toda clase de respetos! ¿Qué quiere mi amo?



—¿Que hay un incendio cerca/de la planta eléctrica?

—Terry, te he advertido ya demasiadas veces que no debes proponerte... Ya sabes que no toleraré...

—¿Pero, qué pasa? A ver, que me entere...

—Una señora acaba de llamar formulando una queja contra ti... ¡Contra quién iba a ser!... Ha dicho que le has dado...

—¡Ah, sí!... Fué accidental... Iba a darle en el hombro... y se inclinó...

—Pues te advierto que al próximo accidente te quedarás sin empleo. Y desde ahora se te confiará el trabajo peor que haya en la telefónica... Cuando sea presidente de la empresa tendré muy en cuenta todo lo que me haces pasar ahora...

—¿Cuando usted sea presidente?... ¡Cuando le asciendan estaré yo enterrado... No hay peligro...

Una llamada telefónica pone fin a la contienda entre aquellos dos hombres que siempre discuten: el director del personal y el fanfarrón operario.

—¿Qué hay un incendio cerca de la planta eléctrica?... Nuestros cables corren peligro... Ahora mismo salen para cortarlos y recogerlos más allá del incendio... Terry, ya tienes un trabajo bonito... ve a cortar los cables que están en peligro... y dales nalgaditas a los bomberos...

* * *

El incendio es voraz, está consumiendo ya la techumbre del edificio. Los cables telefónicos no sólo están en peligro; sino que comienzan a sentir los efectos del calor. Cuando el automóvil de Mr. Schuyler va a cruzar la calle uno de los cables de alta tensión cae sobre su coche... Si se mueve es hombre muerto... Hay un momento de angustia. Terry es el que, desde lo alto del palo donde se ha subido para evitar la catástrofe a la Compañía, se da cuenta del peligro que abajo, en la calle, corre el ocupante del coche:

—¡Que no se mueva!—grita, dominando con su voz toda la baráonda de ruidos que ensordecen.... ¡Yo cortaré el cable!...

Gatea por las azoteas, se acerca hacia el lugar donde el incendio tiene más fuerza, desafía la muerte con una serenidad rara en lo temerario y logra cortar el cable de

alta tensión. En la calle el peligro ha pasado, pero Terry está envuelto en llamas, no tiene escape posible, el fuego le ha cercado... Desde la calle se le ve huir de un lado para otro con una angustia indescriptible... Los bomberos preparan la red y Terry se precipita a ella en el momento en que la techumbre se derriba y lo arrastra todo en sus escombros. Se pone en pie, sonriendo, con su sonrisa fanfarrona y dice, sacudiéndose un poco de ceniza que ha quedado prendida en el vestido:

—¡Aquí no ha pasado ná!...

—No puedo darle las gracias — le dice Mr. Schuyler, acercándose a él y estrechándole la mano con efusión — porque las gracias nada significan para el gesto heroico que acaba usted de realizar.

—Es mi trabajo y mi obligación—contesta Terry natural, sin aire alguno de orgullo ni de fanfarronería (ambas cosas las reserva en exclusiva para las mujeres y para el Director).

—Le quedo agradecido. Le debo la vida. Me llamo Schuyler y me ocupo en inversiones de capital. Si alguna vez puedo serle útil...

—¿Inversiones de capital?... Quizás algún día, cuando lo tenga, me deje atrapar en su red.

El acto heroico de Terry es recompensado por la Dirección Superior de la Compañía Telefónica. Se le ha llamado a la oficina privada del Director y se le ha hecho entrega de la Cruz de Mérito.

—La Compañía Telefónica le ofrece este tributo en agradoamiento a su bella acción. Anotaremos su rasgo en su hoja de servicios. Estamos orgullosos de usted... Siga trabajando siempre con el mismo fervor.

—¿Qué dice a todo eso, Joe?—pregunta Terry al Director de personal que asiste al solemne acto.

—Digo que, si te hubieras desnudado, te habría escrito con mucho gusto el epitafio.

Momentos después Terry y John salen en dirección a la calle Medison, 440, donde hay una espiritista que hace servir el teléfono para sus sesiones. Llevan orden de vigilar

y sorprender la superchería, desenmascarando a la falsa adivinadora. A Terry le gusta el asunto: hay nervio, hay misterio... y hay una mujer... ¡Todo lo que a él le gusta soñar!...

Allá se va, muy feliz y satisfecho, con su inseparable John que le sigue a regañadientes, porque a él no le satisfacen los asuntos de ese género.

La "medium" está reunida en la sala con su confiada clientela. Es una sala adornada al estilo oriental, con todas sus complicaciones manidas de pabeteros de baratillo y almohadones de clin vegetal que le dan un aspecto fantástico visto a la luz casi imperceptible en que la adivina dejó sumida la sala de consultas para impresionar mejor el ánimo de sus oyentes. Estos escuchan con los ojos fijos, agrandados por el terror del misterio y en la confianza de que escucharán las voces de los seres amados que han desaparecido de la tierra. Sienten, en su ingenua fe, que los espíritus flotan en torno de ellos, mientras la espirituista recita las frases sacramentales, cerrando los ojos y hablando con una voz profunda que parece ha de llegar mejor al otro mundo.

—Enlacen todos las manos bajo la mesa... Quédense con los ojos fijos en un punto perdido... Contengan la respiración por unos instantes y piense cada uno intensamente en el espíritu del ser amado con el que quiera hablar... Y siento que se acercan... Oigo sus pasos callados y sutiles... Escuchad las voces que llegan de ultratumba y que os hablan desde el altoparlante misterioso que recoje los ecos de las almas... Concentraos... yo os haré comunicar con ellos...

Un calorío de terror invadía los cuerpos; todos contuvieron la respiración; sentíanse angustiados por la presencia de los espíritus que se les hacía casi palpable a través de las palabras de la "medium".

—¡Habla, espíritu, habla!—exclamó la pitonisa con un gran gesto solemne—. Estamos esperando...

—Aquí soy más feliz que en ninguna parte—dijo una

voz de varón un tanto cascada y temblorosa—. Elsie, desde este mundo yo te protejo y sigo tus pasos... No dejes nunca de consultar a la inteligente madame Francis y sigue siempre sus consejos... Es nuestra amiga...

—Gracias — murmuró la pitonisa, inclinándose en una profunda reverencia—. Retírate, espíritu y da paso a tu hermano, al espíritu de Minnie Hellman para que pueda hablar con su madre...

En la cocina de la casa dos negros, un hombre y una mujer, se repartían el trabajoso papel de espíritus y, por medio del hilo telefónico, comunicaban, según las instrucciones recibidas de antemano de su ama, a los seres vivos todas sus impresiones de ultratumba. Cuando madame Francis invocó al espíritu de Minnie Hellman, el hombre soltó su auricular y lo entregó a la mujer diciéndole en voz baja:

—Contesta tú, Chrystal...

—Te habla Minnie, Sarah... ¿Cómo estás? Te echo de menos, es lo único que me falta en este mundo de los espíritus, pero madame Francis, que es tan buena para con nosotros, me habla de ti con mucha frecuencia...

—Minnie... ¿por qué me hablas con acento meridional? Cuando estabas a mi lado eras una perfecta neoyorkina... y ahora has adquirido toda la pronunciación de los negros del sur...—dijo Sarah, con una sorpresa extraña en la voz.

La que llegaba de ultratumba vaciló un momento, se la oyó carraspear y luego pronunciar con aplomo estas palabras:

—Querida mía, es que estoy en la parte sur del cielo y el acento se coge pronto en estas latitudes...

—¡Basta!...—interrumpió la "medium" haciendo su gesto solemne—. Retírate, espíritu... No hay tiempo para prolongar vuestros coloquios con los vivos... Oigo un mensaje para la señora de McPherson... es de su tercer esposo... Sandy McPherson... ¿Quieres hablar con tu esposa?

Hubo unos momentos de augusto silencio y luego, una voz que no parecía de ultratumba, dijo con sorna y con gracia:

—No; pero hablaré contigo directamente... Eres una timadora y todos los que te escuchan son unos imbéciles... Utilizas los alambres telefónicos para darles el camelo que ellos se tragan tan ricamente...

La pitonisa dió gritos de terror. Todos sus clientes se revolvían contra ella. Destrozaron los pebeteros y los almohadones, rompieron las sillas y la mesa, destruyeron todo cuanto encontraron a su paso, reclamando al mismo tiempo la cantidad que habían entregado para tragarse aquella bola.

—¡Bien sabía yo que no era Minnie la que me hablaba!...

—¡Quiero mis tres dólares!...

—¡Que nos devuelvan el dinero!...

La pitonisa se había encerrado en sus habitaciones particulares y los clientes, masticando su indignación, se marcharon sin obtener lo que reclamaban.

Entonces entraron Terry y John. Terry había sido el autor del bromazo, para poner fin al abuso que a espaldas de la Compañía Telefónica hacía aquella desahogada.

—¡Bonito le han dejado el salón!... Desconecta todos los teléfonos, John; yo voy a buscar a la dueña para arreglar directamente este asunto. ¿Dónde estará la dueña?...

—Se habrá ido al pueblo—dijo John que no tenía muy fecunda su imaginación.

—¡Toda tu vida serás tonto, querido!... Desconecta los aparatos... Yo trabajaré por ahí dentro.

—¿Qué están ustedes haciendo? — preguntó la pitonisa que se había asomado discretamente para ver si ya se habían ido sus agresores.

—Ya lo ve. Quitamos el teléfono para que no pueda seguir dando sus sesiones de espiritismo.

—¡Ah! ¿Con que es usted el espíritu que ha hecho la gracia?... Puedo hacerles detener por allanamiento de morada.

—¡Bah!, la puerta estaba abierta y además somos de la Telefónica.

—¿Son ustedes de la Telefónica?—preguntó la pitonisa:

poniendo a Terry unos ojos muy tiernos que comenzaron a dominar al donjuanesco operario.

—La Telefónica soy yo, señora — contestó éste con énfasis.

—Entonces pase, beberemos un traguito a su salud.

—No nos está permitido...

—Vamos... sólo un momentito, mientras su compañero acaba el trabajo.

Terry desapareció con la pitonisa tras la puerta de la habitación. Y pasaron los minutos y pasaron las horas, y Terry sin salir... ¿Qué haría allá dentro aquel diablo? John estaba ya bostezando cuando oyó que en el teléfono interior llamaban con insistencia.

Terry estaba cómodamente recostado en la falda de Bonnie la pitonisa, mientras ésta le acariciaba la cabeza, la frente, las mejillas, afirmando que podía leer en toda la configuración del cráneo el carácter y aún el porvenir de Terry.

—Este bullo que hay aquí, a la derecha, indica una falta absoluta de sentimiento—decía Bonnie en el momento en que el teléfono sonó.

—Pues te equivocas, niña. Este bullo es un golpe que me di cuando era un chiquillo y que no tiene nada que ver con mis sentimientos... sino es el dolor que sentí cuando se me produjo... ¿No ves? La Telefónica no puede vivir sin mí... ¡Aló!... Sí, habla Terry...

—Soy Joe... Hace hora y media que no llamas a la central...? ¿Qué haces?... ¿Estás dando nalgadas a alguna dama? Ven volando o quedas inmediatamente despedido, ¿lo oyes? Des-pe-di-do...

Terry no hizo mucho caso de aquella amenaza y, aunque no creía palabra de lo que la pitonisa le decía, dejó que concluyera de hacerle aquel estudio anatómico que le producía un placer muy suavecito...

* * *

En el Hotel Edén había ocurrido algo desusado. La centralita del teléfono, servida por dos señoritas, debía tener algún desperfecto y, por un cruce de líneas, alguien se había enterado de un mensaje secreto referente a las carreras de caballos y había habido en el hipódromo una verdadera debacle financiera. La Dirección del Hotel Edén llamó a la señorita de turno y la sometió a un detenido interrogatorio. Marie Lawson, en cuanto la llamaron a la Dirección, comprendió para qué la llamaban: la habían engañado. Un joven que le hacía la corte con insistencia, le había pedido que si a las dos llamaban preguntando por el señor Talley le pusiera a él la comunicación, pues quería hacer una broma al tal Talley. Ella lo había creído... La broma había resultado ser sorprender el secreto de las carreras y aprovecharse de su ventaja para ganar todas las apuestas... Marie Lawson compareció ante la Dirección, sabiendo que aquello podía costarle muy caro.

—Señorita, el señor Talley no recibió ayer un mensaje muy importante y esto le ha ocasionado grandes perjuicios.

—Recibo cientos de llamadas... no puedo recordarlas todas...

—¡Usted miente!... ¡Usted sabe algo que calla!... ¿O sería Loretta la que recibió el mensaje?

—No—se apresuró a afirmar Marie, que no quería perjudicar a su compañera—. Si fué a las dos lo recibí yo, porque es la hora en que presto servicio.

—Entonces haré revisar cuidadosamente la central y veremos si hay avería.

Fué Terry el encargado de revisar la centralita. Estaban las dos muchachas prestando servicio a aquella hora en que

el trabajo era más intenso. Terry las contempló a las dos con una mirada de resignación y suspiró:

—¡Dios mío! ¿por qué serán siempre telefonistas?...

—Ya haré yo que dentro de unos años sean *telefonistas* para que se te calmen tus ansias—replicó John que no gustaba de bromas.

—Tú vete arriba a revisar los aparatos supletorios. Yo revisaré la central.



Terry comenzó a molestar a Marie...

Terry comenzó a molestar a Marie a la que veía muy seria y como si no quisiera hacerle caso. Escondido dentro de la gran caja de la central, llamaba a su receptor y le pedía cosas inverosímiles. La muchacha tardaba unos momentos en darse cuenta de que era el operario que la estaba embromando y se ponía furiosa contra él:

—¿Quiere dejarme en paz? A mí no me hace maldita la gracia todo lo que dice... ¡Que es usted simpático!...

—¡Como un cachorro de hipopótamo!... Se parece usted a un hermanito mío que era tan gracioso, tan gracioso que tuvimos que ahogarle para que no nos ahogara a nosotros la risa de sus chistes...

—¡Ja, ja, ja!... —rió Terry con una franca carcajada—. Tiene chispa... ¿Quiere salir esta noche conmigo? —Y—¿Quiere usted dejarme en paz, mentecato? —replicó Marie, que era una muchacha muy seria.

—Le apuesto un dólar a que esta noche sale conmigo.

—Le apuesto ciento a uno—replicó ella con firmeza.

—No quiero aprovecharme. Apuesto a la par.

John, que llegaba con su caja después de haberse convenido de que no había avería en la línea, dijo a Terry:

—Un día las mujeres te darán un disgusto.

—¡Bah!... Muchas rompén los teléfonos para que yo los componga...

A Marie le hizo gracia la ocurrencia y también se rió. Terry salió del Hotel Edén como si acabara de bañarse en agua de rosas.

Aquella noche Marie iba ya a cenar cuando sonó el timbre de su teléfono. Fué al receptor, contestó, pero nadie respondió a su voz. Dejó el auricular y se encaminó a la cocina, cuando el timbre volvió a sonar con insistencia. Volvió sobre sus pasos, volvió a contestar, volvió a suceder lo mismo que la primera vez. Aquel juego se repitió varias veces, hasta que, cansada de él, dejó el auricular descolgado y bajó al teléfono público a formular su reclamación a la Telefónica. Un instante después, casi al mismo tiempo que ella llegaba a su piso, se presentaba Terry a *componer el aparato*.

—Vengo a inspeccionar su teléfono... Ya ve, con lo mal que le anda, le haría falta tener un reparador constantemente en su casa.

Marie no le contestó. Fué a la cocina, se sirvió la cena y se disponía a cenar tranquila.

—¿No quiere un cordón más largo? He traído uno conmigo.

—¿Sí?... Pues ahórquese con él...

—Por mí puede usted cenar tranquila, pero creo que en la cocina se le quema algo. Hay tufo a quemado.

Marie se levantó rápida para acudir a la cocina y Terry aprovechó el momento para empujar la mesa liviana y derribar todo lo que en ella había.

—¡Oh, me ha lucido usted!...—exclamó Marie fuera de sí.

—Lo siento, duquesa, pero no vi la mesa... Venga conmigo a cenar...

—Es usted un miserable.

—No me dé las gracias por el convite—siguió diciendo Terry como si no hubiera oido el insulto o a él le hubiera sonado a gratitud—. He estropeado su cena sin querer; justo es que se la pague.

—Ciento, justo... Me pagará usted la cena y luego seguiremos siendo extraños el uno para el otro. Es usted un...

—Lo que le pasa es que se va enamorando de mí—dijo Terry con orgullo, queriendo congraciarse con Marie que estaba furiosa contra él.

—Vamos...

—Vamos...

Regresaron ya muy tarde, pasada la media noche. Marie había depuesto su actitud áspera y sonreía contenta. Terry estaba más satisfecho que nunca de la vida.

—Trabajito me costó convencerte... y es muy posible que no te invite más.

—¡No perdería yo mucho!...

—¿No haría un buen marido? Quiero que estés contenta, duquesa. Mañana hablaré con el Director de la Telefónica y verás como te encuentro empleo. No te apure el haber sido despedida del Hotel Edén. Muchachas como tú no se quedan nunca sin trabajo.

—Bueno, Terry, márchese antes de entrar en mi casa. Yo no comparto sus ideas y no creo conveniente que un desconocido entre en mi casa a estas horas.

—Pero duquesa, ¿olvidas que tengo que arreglar el telé-

fono? — dijo Terry colándose en la casa con natural sencillez.

—Bueno, pues arregle el teléfono y márchese en seguida. ¿O es que no tiene casa dónde ir?

—Creo que lo que deberías hacer, duquesa, es acostarte, porque estás muy cansada.

—Me acostaré en cuanto usted se marche.

—Me quedaré para arreglar su cobija... ¿O es que tienes miedo de tus naturales impulsos?

—No es usted mi lado flaco.

—Porque no lo pruebas... ¡Si lo probaras!... Dime, nena, ¿por qué no podemos ser amigos? Dame un beso y en seguida me voy.

Terry abrazó a Marie que no hizo gran resistencia y la besó con un beso largo y apasionado, al que la muchacha correspondió, aunque no con tanta vehemencia.

—Bueno, ahora márchese...

—¿Sabes, duquesa, que tienes una resistencia de alta tensión envidiable? Hasta mañana... ¡y no olvides que gané la apuesta!... Con el dólar que me debes abre una libreta en la caja de ahorros a nombre del futuro Terry, porque no dudes que habrá un pequeño Terry algún día y que serás tú la que me lo dé...

* * *

En su buen deseo de encontrar empleo a Marie, Terry fué a visitar a la mañana siguiente a Joe, queriendo congraciarse con él para obtener lo que le iba a pedir. Entró en su oficina con un gesto humilde y cariñoso y, dándole unas palmitas en el hombro, le preguntó:

—¿Cómo va esa salud, Terry?

—Te advierto que no presto dinero a nadie—replicó pron坦tamente Joe poniéndose en guardia.

—No quiero dinero... aunque vengo a pedirle un favor. Una amiga mía está sin empleo y he pensado que usted podría encontrarle aquí alguna ocupación.

—¿Es competente?... Quizás podría encontrarle algo conveniente... Con mi influencia no es difícil poder colocarla... Sí, podría hacerlo si quisiera... ¡Pero es el caso que no quiero!... ¿Comprendes? ¡No me da la gana!... ¡No me fío de ninguna de tus amistades!

—Esta es una muchacha decente.

—Si es decente y es amiga tuya es una imbécil—contestó muy seguro de lo que decía el iracundo Joe.

—Está bien, no debía pedirle favores a un animal como usted... Ya encontraré en otra parte amigos que sabrán complacerme.

Terry se acordaba en aquel momento del caballero al que había salvado la vida el día del incendio y de los ofrecimientos que le había hecho. Entonces puso unas líneas recomendando a Marie y la mandó a casa de Mr. Schuyler. Marie fué admitida inmediatamente, como telefonista, para atender los encargos que llegaban para aquel hombre que manejaba capitales enormes con la misma sencillez con que manejaría una silla para cambiarla de lugar.

—¡Oh, Terry!—exclamó Marie cuando fué a dar las gracias a su amigo—. En cuanto te nombré fuí admitida. Ha sido un milagro.

—Ya te decía yo que no te quedarías sin trabajo.

—Sí, sí, tienes razón. En el acto me han dado la plaza que yo solicitaba.

—Muy bien, querida; esta misma noche celebraremos el éxito de nuestras gestiones.

—Tu debilidad por las mujeres—le dijo John que, como siempre, estaba con él—te va a dar un disgusto cualquier día de estos.

—Si tú tuvieras una amiga tan encantadora como la mía

vándose bajo el brazo, con toda la audacia, la cartera que contenía la fortuna.

A los pocos minutos Nicky también se acercó a Marie para despedirse de ella:

—Veo que estás muy ocupada, nena, ya volveré otro día.

—Por mí, como si no quieras volver jamás—replicó Marie mientras atendía una nueva y última llamada.

No le llamó la atención a la telefonista que de pronto el teléfono se quedara silencioso. Sabía por su larga experiencia que el teléfono tiene esas cosas absurdas y que hay momentos en que es capaz de volver loco al más templado de nervios. Por eso continuó tranquila en su mesa de trabajo, comprobando papeles, poniendo orden en todas las cosas y trabajando con celo para que sus superiores no tuvieran queja de ella.

Sólo cuando Schuyler abrió la puerta de su despacho y le dijo en un tono inquieto:

—Marie, llama por teléfono a Van Noyes y di que los valores no han llegado aún, que temo haya pasado algo malo al mensajero.

Se dió cuenta entonces de todo el juego de aquellos dos hombres que la habían sorprendido y que la habían engañado.

Loca, sin saber qué hacer, queriendo atrapar a los ladrones, salió a la calle disparada, tomó un taxi y se hizo conducir al hotel Edén en donde sabía se hospedaban Nicky y su patrulla. Pero eran ladrones sagaces y cuando ella llegó ya los pájaros habían volado!...

Terry estaba contento. Sabía que Marie tenía una buena colocación y que la noche anterior había cenado con ella y que ella no se había mostrado indiferente y esquiva como

otras veces. Estaba contento y se creía el rey de la creación.

—Oye, Terry, el Administrador General de la Compañía quiere hablar contigo. Debe ser algo de mucha importancia.

—¿Sí?... Empezarán a darse cuenta de mi idoneidad. Allá voy a ver qué quieren de mí.

Terry se quedó sorprendido porque halló reunido a todo el Consejo Directivo de la Telefónica y, además, a unos señores que no conocía de nada.

—¿Conoce usted a una joven llamada Marie Lawson?—le preguntó el director.

—Sí, señor—contestó Terry, que no comprendía qué tenía que ver Marie con su idoneidad.

—¿Fue usted el que la recomendó al señor Schuyler?

—Yo mismo.

—Pues bien, Terry, esa muchacha se ha escapado, hace dos horas, llevándose noventa mil dólares.

—¡Es falso!—gritó Terry que estaba seguro de la inocencia de Marie.

—La cuadrilla que con ella trabajaba se ha servido de usted para introducir a la chica en casa de Schuyler. Así han podido robar impunemente. En el Hotel Edén ya sucedió también algo anormal; por eso la señorita Lawson fué despedida. Estos señores son detectives. Cuente usted todo lo que sepa de Marie Lawson.

—¡No entiendo iota de todo lo que dicen y no creo de ello ni media palabra!

El director miró a Terry que tenía una cara de asombro estúpido y de ingenua naturalidad y dijo a los detectives:

—Estoy seguro de que Terry Riley no ha intervenido en el complot. Su conducta, durante los años que presta servicio en la compañía, ha sido ejemplar.

—Y es más—añadió Joe que también estaba allí—. Yo le garantizo. Soy jefe de personal y conozco bien a mi gente. No creo capaz a Terry de hacer nada deshonroso... No es pícaro... ¡es tonto!—exclamó, vengándose de Terry que comenzaba a sentirse muy halagado por las palabras de Joe y al que la última frase había dejado anonadado.

—No hemos sospechado de Terry Riley, pero creímos que podría darnos algún detalle acerca de la joven que ha intervenido en el audaz robo. ¿No sabe dónde puede encontrarse?

—No tengo de ello la menor idea.

—Jamás ha tenido usted idea de nada—exclamó Joe, que se complacía en mofarse de él.

—Puede retirarse.

Terry salió del despacho del director con el alma inquieta y apesadumbrada. Se había enamorado de veras de Marie y, aunque no creía que fuera una ladrona, como todas las sospechas recién sobre ella, dudaba... Y se propuso averiguar por sí mismo toda la verdad de lo sucedido.

Los detectives se convinieron para no perder de vista a Terry:

—Si le seguimos, acabaremos dando con la muchacha. Es un sistema que nunca falla.

No se equivocaron. Terry se había propuesto encontrarla y había, por fin, dado con ella. Estaba escondida en un hotel de ínfima categoría, temerosa y asustada de que pudieran cogerla presa y acusarla de cómplice de un robo que no había cometido.

—¡Debía romperte la cara!—le dijo Terry cuando estuvo ante ella, queriendo darle a comprender que la creía culpable.

—Te juro que no he hecho nada, Terry.

—¿Me crees tonto?... No, no, no tienes que darme explicaciones a mí, sino al fiscal. ¡Para explicaciones estamos! Te recomiendo a un amigo, y tú, para hacerme quedar bien, le robas 90.000 dólares...

—Te juro que no tengo la culpa... Fué Nicky a verme, me entretuve hablando; el teléfono llamaba constantemente y yo tenía que atender a la vez a mil cosas distintas. Cuando vino el mensajero con los valores, yo creí que entraba en el despacho de Schuyler... No sé qué hicieron aquellos hombres para apoderarse del dinero... ¡Te juro que no sé nada!... Pero todas las sospechas recaen sobre mí... ¡Terry!

Yo quiero encontrar a Nicky... Nicky es el culpable de todo... ¡Si le pudiéramos coger a él, estaría salvada!...

—Gracias, Terry Riley, ha prestado usted un magnífico servicio a la policía—dijo el detective, que seguía a Terry de cerca y que había subido tras él hasta la habitación de Marie—. Queda usted detenida, señorita, y todas esas explicaciones las dará usted al fiscal.

—¡Infame!—gimió Marie mirando a Terry con rencor.



—Te juro que no sé nada... Pero todas las sospechas recaen sobre mí...

¡Me has vendido!... ¡No crees en mi inocencia!... ¡Infame!

—Mire, niña, todo eso ya se lo dirá luego por escrito... Ahora vaya marchando, que la esperan en el Juzgado para aclarar todas esas menudencias.

Terry fué también al Juzgado. No quería separarse demasiado de Marie. Las últimas palabras que ella le había dicho le habían puesto sobre una pista y quería ver qué

decidía el juez, para echarse a buscar a Nicky y cortarle el cuello si era preciso. Mientras esperaba en la antesala del Juzgado, llegó un caballero, presentándose como el abogado defensor de Marie.

—Soy gran amigo de esa joven—le dijo Terry alargándole la mano—. ¿Es ella la que le ha nombrado defensor?

—No me gusta hablar de mis asuntos con desconocidos—replicó el abogado, sin tomar la mano que Terry le ofre-



—¡Infame! ¡Me has vendido!

cía y con una glacial indiferencia. Luego, dirigiéndose al bedel, le dijo:

—Anúnciame al fiscal. Soy Kirkland, el abogado defensor de Marie Lawson.

Terry se anotó en la memoria aquel nombre y salió en busca de John, que no le desamparaba y que estaba empeñado en ir a consultar con la pitonisa de marras, de la que se había hecho gran amigo.

—Dice que yo soy muy psicólogo... Vamos a hablar con ella y verás cómo nos orienta.

—Déjate de tonterías... ¡Que tú eres psicólogo?... Sería igual que yo me empeñara en decir que soy un habitante de Marte... Mira, lo que vamos a hacer es buscar el número de ese Kirkland y estar con el oído pegado al auricular hasta que oigamos la conversación que nos ponga sobre la pista. Ese Kirkland me da muy mala espina. ¿Quién puede haberle mandado?

—¿No será el Colegio de Abogados?

—Sólo dos personas pueden estar interesadas en ese asunto—siguió diciendo Terry, buscando en el razonamiento la clave del enigma—. Para hacerla hablar... o para que calle. Ese Kirkland debe ser un cómplice de Nicky... Hay que sorprenderles... Empalmaré la línea y verás como pronto averiguamos algo.

—Pero eso nos está prohibido...

—Déjate de tonterías y escucha. En cuanto oigamos algo hay que averiguar el número y cuando sepamos el número tendremos en seguida la dirección de la casa... ¡Entonces todo lo demás corre de mi cuenta!

Allá se quedaron los dos hombres, repartiéndose el turno de escuchar, porque la espera se hacía larga y no se escuchaban las palabras que a ellos les interesaban. Así pasaron la noche, casi vencidos por el sueño y así les sorprendió la mañana... Por fin una voz y unas palabras...

—La muchacha no es tan fácil de manejar... y el fiscal no es tonto...

—¡Es él!... ¡Es él!—gritó Terry, dando un empujón a John, que cabeceaba sentado en el suelo—. Toma, escucha y no pierdas palabras. Voy a averiguar su número... Ya lo tengo! ¡Central, central! Dígame la dirección del número 1-2319... ¿Calle del Pino, 129? Bien, gracias. ¡Oh, John! Ahora verá toda esa gente lo que vale un hombre como yo... Tú quédate aquí y no sueltes el auricular... Escucha siempre, ¡no te vayas a dormir!

Allá quedó John, escuchando pacientemente, y Terry co-

rrió a la dirección indicada, sin más armas que el auricular bajo el brazo. En la casa no fué recibido con galantería. Estaba reunida toda la banda de atracadores y, como tenían sus avanzadas y uno sorprendió a Terry mirando a través de la cerradura y pegado el oído a la puerta para escuchar la conversación, creyó necesario encañonarle una pistola y obligarle así, de aquella forma tan persuasiva y discreta, a entrar en la sala donde los demás estaban reunidos.

—Aquí tenéis a este pajarraco, que es amigo de Marie Lawson y está ahora en funciones de detective.

Todos se pusieron en guardia contra él y Nicky tuvo la audacia, mientras sus compañeros amenazaban con sendas pistolas a Terry, de darle unas cuantas bofetadas.

—¡Vaya valentía!—exclamó Terry desafiando con su mirada a aquel cobarde, que le insultaba ahora que se sabía defendido.

—Es para que no le queden ganas de inmiscuirse de nuevo en nuestros asuntos. Así no se meterá más en lo que no le importa. ¿Cómo ha sabido usted que estábamos aquí?

—Inteligencia que tiene uno—replicó con fanfarronería Terry, que no se dejaba amilanar ni por las pistolas ni por los golpes.

—Encerradle en esa habitación... A lo mejor viene tras él la policía... Mirad a la calle... Debemos escapar enseguida.

Encerraron a Terry en un cuarto y, antes de dejarle en él arrancaron el teléfono... Terry acarició con complacencia su aparato receptor, que llevaba escondido en el bolsillo de la americana... Con él podría conectar y pedir auxilio... Cuando le dejaron solo, comenzó su trabajo, ligando los hilos, pero cuando se disponía a hablar, escuchó ruido en la puerta y se apresuró a guardar bajo la almohada de la cama el aparato receptor, tumbándose él en una actitud desesperada y sombría.

—Hemos decidido que se venga con nosotros...—le dijo Nicky entrando en el cuarto—. No nos conviene que cuente

usted a la policía que nos ha visto. Ande, dese prisa y vámonos. Si no obedece, le enfrié de un balazo...

—¿Pero qué van a hacer conmigo?—gritó Terry con acento angustioso, alzando mucho la voz, para que el auricular pudiera recoger su sonido y llevarlo hasta el oído de John, que seguramente estaría medio dormido—. ¿Qué van a hacer conmigo? Yo no puedo hacerles daño alguno... Soy un pobre hombre indefenso... Nadie vendría a prestarme auxilio, aunque gritara: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! Son ustedes muchos contra mí... ¡Nadie escucharía mi grito de angustia!... Nadie oiría mi voz diciendo: ¡Socorro!... ¡Socorro!... Si yo tuviera aquí a mi gente, podríamos luchar con fuerzas iguales. Pero ahora son cuatro contra uno... ¡Cuatro contra uno!... ¡Qué valientes! De nada me vale decir: ¡Socorro, que vengan cuatro amigos leales a ayudarme!...

John, desde el otro lado del hilo, había oído, primero como si soñara y luego abriendo unos ojos tamaños, aquella conversación que Terry sostenía a voz en grito para que a John no se le escapara ni media palabra... Y John, al escuchar aquellas palabras de angustia y aquellas voces de socorro de su gran amigo, corrió a la Central y dió la voz de alarma:

—Joe, Joe... Los que robaron las acciones han agarrado a Terry y quieren matarlo... Vamos a defenderle.

Joe no se hizo repetir la súplica. También él, a pesar de todo, sentía cariño hacia Terry, al que le gustaba hacer rabiar sólo por el placer de oírle contestar disparates. Se apresuraron a reclutar gentes y, subiendo al camión de la Telefónica, corrieron a la dirección que John les había dado. Por el camino asaltaron a Joe varios temores:

—Oye, John, ¿no te habrás vuelto loco?

—No, no, es verdad todo lo que digo.

—¿Y cómo lo has averiguado?

—Conectamos la línea para sorprender la conversación de Nicky, y cuando lo oímos, averiguamos el número, preguntamos la dirección a la Central y allá se fué Terry, mientras yo quedaba de guardia... Por el teléfono he oído las

voces de alarma que daba Terry... Si no nos precipitamos, llegaremos demasiado tarde...

El camión no corría a toda la velocidad que ellos hubieran deseado. Estaban inquietos por la suerte de Terry. Llegaron a la casa en el momento en que los bandidos salían, llevándose al operario que, al verse en la calle, comenzó a repartir puñetazos a diestro y siniestro, con una listura y una fuerza insospechadas. Fueron a reunírsele Joe, John y todos los hombres que habían ido en su auxilio y, en la oscuridad de la calle, fué tal la baraúnda que se armó, que acabaron pegándose mamporros los de un mismo lado, tomándose por enemigos.

Por fin, y tras larga lucha, se dispersaron los ladrones y pudieron coger a Nicky y a alguno de sus cómplices, que habían de ir a ocupar la celda que Marie Lawson dejaría libre al ser probada su inocencia.

* * *

El teléfono, el teléfono bendito y misterioso, había hecho el milagro. El teléfono, con la tela de araña de sus hilos, había hecho resplandecer la inocencia de una infeliz a la que se culpaba injustamente de un robo no cometido. El teléfono había salvado a Terry de manos de sus perseguidores. El teléfono había hecho, con la transmisión de las voces y de las ideas y de los proyectos y de las angustias, que aquellos dos corazones, el de Marie Lawson y el de Terry Riley, sintieran el alivio de las penas que sobre ellos pesaran en aquellas últimas cuarenta y ocho horas.

Debían estar agradecidos al teléfono, aquellos dos seres que unas semanas más tarde, después de haber arreglado todo el asunto que tanto les hiciera sufrir y de haber merecido la felicitación y la recompensa del Consejo Directivo de la Compañía Telefónica, así como el espléndido regalo

que mister Schuyler les hiciera al recuperar la cantidad robada, se unían en matrimonio y marchaban venturosos a formar un hogar lleno de amor y de paz...

Pues, no señor... Eran dos ingratos y el teléfono, al que debían su felicidad, les estaba ahora molestando con su tintineo constante... Era la noche... la noche dulce de bodas, la noche llena de encantos y de misterios... Ya Marie estaba acostada... Ya la habitación estaba sumida en una penumbra encantadora... Ya Terry saboreaba de antemano la dicha infinita y sublime, mientras se vestía su elegante pijama de seda—el primero que tenía en su vida y que se había comprado para honrar a su esposa—, cuando el teléfono comenzó a sonar con insistencia. Terry contestó la primera vez... y nada, nadie respondió a su voz... A la segunda vez volvió a contestar, pero como quiera que tampoco nadie respondiera, dejó el auricular desconectado, para que no siguiera fastidiando aquel "odioso aparato" al que debían su dicha.

¡Desagradecidos!... El teléfono parecía mirarles con rencor y, como para vengarse de ellos por el desprecio con que le trataban, debió dar aviso a la Compañía de que estaba desconectado, pues antes de que Terry pudiera llegar hasta el lecho donde la rubia y encantadora Marie le estaba esperando llena de emoción y de ternura, penetraron en la habitación Joe, John y toda la brigada de la telefónica, que venían dispuestos a arreglar la avería y a embromar a los novios, retrasando todavía más el momento definitivo de la fusión de sus vidas...

El teléfono se había vengado magníficamente de la ingratitud de sus protegidos...

F I N

Lea los últimos grandes éxitos de EDICIONES BISTAG.

NE, «Producción Nacional»



La bien pagada

por Lina Yegros

El niño de las monjas

por Raquel Rodrigo

El último contrabandista

por Miguel Fleta

Don Quintín, el amargao

por Ana M.ª Custodio y Alfonso Muñoz



En breve:

NOBLEZA BATURRA

por Imperio Argentina y Miguel Ligero

Cubierta, Imp. M. PELLICER
Muntaner, 111 - Teléfono 76132

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléf. 18841 - Barcelona